

EL PRÓJIMO ADULTO

Marcel Légaut

PRESENTACIÓN

Normand Beaudoin

El texto que vas a leer es la transcripción de una charla de Légaut ante un grupo reunido en el verano de 1961, en les Granges. En dicha charla se pueden encontrar elementos que Légaut va a desarrollar el año siguiente ⁽¹⁾.

El tema es importante: el amor al prójimo. Sobre él han reflexionado ampliamente tanto la moral cristiana como la ética humanista. Légaut, que no es un moralista, llevará a cabo su propia reflexión de hombre y de cristiano del siglo XX, cuestionándose a fondo respecto a su relación con los adultos cercanos. Va a hacerlo de manera original, partiendo de la imposibilidad de amar realmente al prójimo. Es lo que Légaut llamó «la pobreza del que da». Él mismo experimentó en su grupo esta imposibilidad de dar al otro lo que de verdad necesita; imposibilidad de entregar en su pureza, y continuamente, aquello que uno lleva en el corazón para este prójimo a quien ama. Pero, a pesar del fracaso cierto de este impulso que lleva hacia el otro, el movimiento de la bondad va a desvelar la grandeza de aquello que está llamada a vivir la persona que da (aunque no logre vivirlo), así como la grandeza de aquel que recibe (aunque no sepa adivinar y acoger el infinito que hay en el origen de lo que recibe).

⁽¹⁾ Ver: «El otro y el prójimo», *Trabajo de la fe*, Valencia, AML, 1996, p. 115 y ss.

Por mi parte, creo que el interés principal de este texto está en su invitación a considerar la grandeza de lo que llevamos dentro para las personas de nuestro entorno, e incluso maravillarnos de ello; es esta una invitación a considerar hasta qué punto crecería nuestra alegría si nos fuese posible dar a muchos lo que necesitan de verdad. Esta grandeza – nunca lograda– puede hacernos experimentar la certeza de que somos “de Dios”, la certeza de algo más grande que la mera animalidad, la cual, instintivamente, nos empuja a la cooperación con otros miembros de nuestra manada. Es esta una “revelación” que cada uno debe descubrir en su momento, experimentando su propia incapacidad para amar como se siente llamado a amar.

Esta llamada a amar al prójimo no es un mandamiento de origen religioso. Su origen está, más bien, en quiénes somos, en nuestra estructura de seres humanos habitados por un infinito. Rechazarla no es desobedecer, es negarse a sí mismo.

Que tengáis una buena lectura, *Normand Beaudoin*

EL PRÓJIMO ADULTO

Quiero retomar con vosotros una meditación que hice hace ya algunos años en Clermont-Ferrand y que aparecerá en el libro ⁽¹⁾. Me gustaría retomarla de una manera un poco distinta de la del libro.

1) *Las Bienaventuranzas*

La idea profunda, central, que me viene desde hace un tiempo, pero que todavía no está bien desarrollada, es la siguiente. Habéis podido ver como comprendía Loisy las Bienaventuranzas. En el fondo eran la expresión práctica de una espera inmediata del reino de Dios, de forma que era fácil ser pobre puesto que la riqueza ya no tenía gran interés, en vista de que muy pronto todo acabaría... Bajo otra perspectiva, la de Teilhard de Chardin por ejemplo, las Bienaventuranzas están sub-valoradas al considerar que son el remanente de una pasividad más o menos oriental. Yo mismo he escuchado cómo el Padre Teilhard lo afirma. No digo que no haya un poco de humor en esta afirmación, pero el humor no esconde el fondo: ese fondo existe. Yo, por el contrario, pienso que las Bienaventuranzas son esenciales y que una forma muy importante de justificar su necesidad es partir de la naturaleza humana propiamente dicha, bajo la perspectiva de que son unos “valores límite”, todo lo que Jesús nos enseñó sobre la justicia, la verdad, la caridad. Para alcanzarlas, hay que emprender precisamente el camino escondido de las disminuciones. Dicho de otro modo, para alcanzar la justicia, por ejemplo, no hay que buscarla directamente, sino que antes debe uno hacerse cargo de la justicia en sí mismo y sobrellevarla. Para alcanzar al prójimo, no hay que pensar que se le puede alcanzar directamente sino que, en

(1) El otro y el prójimo», *Trabajo de la fe*, Valencia, AML, 1996.,

cierta manera, hay que ser más pobre que él para poderle dar. Este es el tema central de mi meditación: para poder dar a otro, hay que ser más pobre que él, porque la naturaleza humana está hecha de tal forma que lo que se recibe de alguien más rico aplasta, y no da la posibilidad de que se lo asimile verdaderamente. Sólo podemos asimilar el don que nos hace alguien más pobre que nosotros. Esto es así en cualquier plano, incluso el de los pueblos subdesarrollados. Incluso en el plano material, un pueblo subdesarrollado que recibe de otro más desarrollado la posibilidad de alimentarse mejor por ejemplo, en cierta manera se alimentará mejor, pero habrá otro alimento del que ya no se alimentará y el resultado, evidentemente, será deficiente.

Esta meditación, la he construido bajo estas perspectivas. Y a la inversa, a partir de esta meditación es como yo, por mi parte, he podido descubrir poco a poco cosas de este tipo.

2) Amar al prójimo como a sí mismo

La meditación está construida sobre la base de que hay que “amar al prójimo como a sí mismo”. Hay muchos tipos de prójimos. Cuanto más adulto es el prójimo, más cobra su originalidad propia la bienaventuranza de un amor hacia él. Ciertamente, amar a un niño, por ejemplo, es completamente diferente de amar a un adulto. En el niño hay un ser que espontáneamente está dispuesto a recibir de un adulto. Por consiguiente, puede recibir de alguien más rico que él, al contrario que el adulto real, ya formado, que no puede. Por eso titulo esta meditación “el prójimo adulto” ya que para el prójimo-niño (tomando la palabra “niño” en el sentido de no desarrollado, de no adulto, de ser un ser en vías de ser adulto), la situación es completamente diferente. El prójimo adulto es el hombre que ha vivido y está lo suficientemente formado como para ser ya, por la naturaleza misma de su constitución, incapaz de recibir de alguien mejor situado que él.

Si pensamos en esto, podemos percibir que, en la juventud, es bastante fácil amar al prójimo como a uno mismo, sobre todo cuando este prójimo es también joven. Hay una facilidad de comunicación (de la que ya hemos hablado) con quien se encuentra en el mismo plano que nosotros. Es fácil para un joven amar a otro joven, amar a muchos, amar a todos los que se le parecen porque, precisamente, al ser ellos también jóvenes, se parecen.

Amar es una invitación, no puede ser un mandamiento. No se puede mandar amar. Se puede mandar servir, pero no amar. Se utiliza la palabra “mandamiento” para el amor pero esta palabra tiene otro sentido distinto del mandamiento de servir. Es una invitación imperiosa, una petición, una llamada, pero no un mandamiento.

3) En el "mandamiento" del amor no cabe la desobediencia, sólo la infidelidad

Es cierto que la facilidad que tiene el joven para amar a otros como a sí mismo disminuye cuando se envejece (si no disminuye de forma absolutamente real, sí al menos de forma aparente). Los parecidos se atenúan, los endurecimientos interiores se acentúan. Para un adulto, es mucho más difícil amar verdaderamente a su prójimo como a sí mismo. No insisto en ello porque hay muchas consideraciones que podrían desarrollarse en esta línea. En particular, el amor es tanto más fácil cuanto mayores son los parecidos. Ahora bien, a medida que envejecemos, la vida nos hace distintos debido a las distintas circunstancias de cada uno y también a todo lo heredado que, poco a poco, va apareciendo. Actualmente, en nuestro grupo, somos mucho más diferentes que cuando nos empezamos a reunir, incluso si consideramos solo a los que tienen más o menos la misma edad y son de la misma generación. Lo que antes nos atraía, lo que hizo que nos reuniéramos era el hecho de que nos parecíamos. Pero ahora no se

puede decir que la razón por la que nos reunimos sea nuestro parecido. Nos reunimos porque empezamos a reunirnos y por una cierta comunión íntima que va más allá de las apariencias y los parecidos.

Por otra parte, están las herencias. No hay que olvidar que la herencia es algo que no aparece pronto en la vida de un hombre. Al comienzo está como dormida. Hasta los 25 o 30 años la herencia no cobra todo su vigor, que hasta se acentúa más tarde. Un aspecto particular de esta herencia es el parecido con el padre o la madre... Por eso, si el amor al prójimo no es enteramente espontáneo cuando se es joven, lo es todavía menos después, a causa de las diferencias que se acentúan entre los seres, ya sea porque atraviesan circunstancias diferentes o porque experimentan el peso de la herencia.

Otra razón por la que el amor al prójimo es particularmente difícil es el número de prójimos con los que nos podemos encontrar. Cuando el Samaritano encuentra en su camino a un viajante al que han herido unos bandidos, es la primera vez que lo encuentra y no encontrará a otros al día siguiente. Pero la situación sería muy diferente para él si todos los días tuviera que ocuparse de un nuevo herido.

Humanamente hablando, el número hace prácticamente imposible el amor que Jesús nos pide tener con cada uno de los prójimos que encontramos. Es importante reparar en que, antes, la inflación de prójimos quizá concernía solo a algunos seres dado el lugar neurálgico que ocupaban con respecto a los destinos humanos — pienso en el cura, el médico o quienes están donde se concentran las desgracias. Pero ahora esta inflación es muy real para casi todo el mundo, si no para todos, dada la facilidad de los desplazamientos y la gran cantidad de encuentros que se dan. Antes, en un pequeño pueblo aislado del mundo, era relativamente fácil (aunque tampoco tanto) amar a todos como prójimos pues estos no eran tantos. Y, aun así, tampoco era tan fácil pues hay muchos pueblos en

los que esta caridad no existía. Pero ahora que nos encontramos con tanta gente que ha de ser nuestro prójimo, si realmente las bienaventuranzas tienen una realidad existencial posible, el amor a esta multitud se convierte en cambio en algo casi imposible. Así pues, por distintas razones, parece que la bienaventuranza de amar al prójimo como a uno mismo es del orden de la utopía si no se le encuentra un significado más realizable.

Para resumir esta primera parte, podemos decir que, dentro de un estado espiritual dado, sólo somos capaces de tener un número limitado de prójimos (de prójimos auténticos) y, aun así, éstos deben pertenecer a unas categorías limitadas: las de los más semejantes a nosotros. Si superamos estos límites, los propios de nuestras posibilidades espirituales (y estamos casi obligados a ello por el hecho de la multiplicidad de encuentros que tenemos y que no podemos no tener), entonces, aquellos que tratamos como prójimos, en el fondo, sólo son prójimos aparentes; pese a todas las atenciones que podamos tener hacia ellos son casi como extraños. Nuestras deferencias hacia ellos son más exteriores que interiores. No somos capaces de amarlos verdaderamente como a nosotros mismos. Somos capaces, simplemente, de aportarles algo desde fuera, mediante actitudes o apariencias de afectividad, algo que no es en absoluto ese amor tan substancial del que habla el precepto del amor al prójimo.

4) Las dificultades de amar al otro

Si ahora nos ponemos en el lugar del otro, de aquel a quien debemos amar como a nosotros mismos, encontramos unas dificultades muy parecidas. Si nuestro prójimo fuese alguien muy sencillo, alguien que cuando nos encuentra, espera de nosotros una ayuda material, sería relativamente fácil para nosotros ser su prójimo. Si alguien viene a pedirnos una limosna o un servicio, este servicio sólo nos exige una

acción que no tiene por qué cogernos por dentro, de modo que podemos satisfacer su deseo en cierta medida. Pero los hombres con los que nos encontramos, aunque creen que sólo nos piden un servicio, secretamente esperan algo más profundo. Siempre que se espera un servicio se espera una fraternidad, se espera una presencia tal que, lo que en el fondo se reclama, va mucho más allá de la mera acción de realizar el servicio. El servicio prestado es realmente favorable y eficaz cuando esta presencia es real porque, aparte de la eficacia propiamente material, el otro tiene la posibilidad de recibir este servicio sin sentirse de alguna forma disminuido por el hecho de recibirlo. Hay cierta humillación, en el hecho de que otro nos sirva y nos ayude, que no procede simplemente del orgullo sino que tiene sus raíces en un sentimiento muy profundo: el hombre sólo puede recibir verdaderamente del otro lo que éste le da con amor. Lo que no se da con amor puede serle útil pero, en cierto modo, le pesa en el corazón, va en contra del sentimiento del honor, de la dignidad que está en el fondo de su ser. Por eso no puede recibir ningún don si no es de esta forma.

Así pues, de una manera u otra, ya sea que se considere el punto de vista del buen Samaritano o el del herido, es verdad que este precepto es ciertamente una de las aportaciones en las que Jesús más insistió y que parece estar exactamente en la base del cristianismo.

a) La imposibilidad de amar

Hasta ahora os he expuesto las dificultades de la cuestión al considerar sucesivamente la parte del que da y la parte del que recibe. La cuestión es saber cómo se puede vivir esta bienaventuranza sin reducir el amor al prójimo a un servicio, sin hacer de él una especie de falsa moneda caritativa, unida a una inflación de actitudes que en nada corresponden a la cosa en sí, de manera que se pueda amar al prójimo aun cuando no seamos capaces de realizarlo nosotros mismos. En mi

meditación, insisto en que, en la práctica, esta dificultad primordial que encontramos en el orden de la caridad está presente en todos los mandamientos que Jesús propone a sus discípulos en el evangelio. Allí donde tratamos de profundizar un poco en su mensaje, allí nos tropezamos con una imposibilidad de hecho. ¿Cómo mantenerse en pie en una situación de deudor insolvente? Además, la palabra “deudor” no es exacta, porque no expresa bien la realidad de la situación. Se trata del ser y no del tener.

En este terreno no existe insolvencia sin destrucción. El amor de un hombre a Dios y a su prójimo, a todos aquellos a los que las circunstancias y la fidelidad llaman a ser sus prójimos, mide su ser eterno. ¿Cómo decirlo sin desfallecer? Afirmarlo es condenarse y negarlo es todavía peor porque es renegar de sí. Cuando el hombre afirma ante Dios, en paz y con honor, lo que él debería ser para ser perfectamente él mismo pero que él no es y que, en verdad, no puede ser, entonces, el hombre alcanza la cima de su fe y de su propia plenitud. Esta extraordinaria contradicción que existe en este hecho de que él alcanza su verdadero ser al negar que dicho ser existe; de que él alcanza su verdadera perfección al afirmar que es imperfecto y que no puede ser. Hay ahí algo esencial que es el alma de las bienaventuranzas. En la medida en la que el hombre niega que es, el hombre se encuentra.

¡Qué extraño ser, el hombre adulto! El don mejor intencionado y más virtuoso de un bien por parte de uno puede serle útil al otro e incluso indispensable pero seguirá siendo exterior a él. Resbala sobre él sin transformarlo, ni siquiera un poco, en sus profundidades. Es más, en la medida en que este don es necesario para él, pesa en su corazón con más carga de la que podría reconocer; es como si, a pesar de la urgencia del bien, el hombre no debiera dejarse ayudar de esta forma. Humillación latente que va mucho más allá de lo que el orgullo puede inspirar. Nace de una intuición extrema, confusa-

mente percibida, de que un don así no le llega como tendría que llegarle, de manera fraterna y gratuita, ni más ni menos. Para que la ayuda sea eficaz para él, para que lo transforme y lo renueve, el hombre debe recibir, al nivel que sea, sólo si se respeta exactamente su propia dignidad humana. La exigencia de esta condición es tanto mayor cuanto más adulto y más ajeno es el hombre a lo que se le ofrece. Sólo alguien más pobre que él puede aproximarse a él así, de tan raro como es el amor que podría acercarse con su dulzura característica. La pobreza que da es, de hecho, la única que realmente el hombre recibe, o es al menos la única que pueden recibir todos los que ella encuentra.

Así que ya veis: el amor, en su plenitud positiva, es prácticamente irrealizable y sólo descubrimos el amor cuando reconocemos nuestra pobreza en este terreno. Sólo cuando reconocemos ser pobres de amor somos capaces de dar al otro lo que el amor puede dar. Como veis, esto, que es muy complejo, es lo esencial de las Bienaventuranzas: cuanto más pobres somos, más capaces somos de dar lo que daríamos si fuéramos ricos.

b) El hombre sólo puede recibir si lo hace a través de un intercambio

Esta pobreza indispensable, que es necesario conocer para poder dar, es consecuencia de un hecho mucho más general: el hombre sólo puede recibir si recibe a través de un intercambio. No podemos recibir de otro si a su vez no podemos darle. El intercambio es necesario para poder recibir. Quien sólo quiere dar no puede dar. Pero, para querer recibir, hay que ser capaz de sentirse pobre. Quien sabe recibir de otro puede darle a su vez. Quien no se siente pobre como para recibir de otro no puede darle a éste a su vez.

El problema que me planteé entonces fue saber exactamente cuál es el intercambio que hay entre quien quiere amar

a su prójimo y este prójimo, que no puede ser amado directamente y que no puede ser alcanzado como prójimo si el primero no se siente pobre como para ser verdaderamente prójimo del segundo según el orden del amor. Creo que el favor más grande que el otro nos puede hacer es el de ayudarnos a descubrir nuestra pobreza, nuestra miseria, nuestra ausencia de ser, nuestra impotencia para ser verdaderamente.

c) El prójimo es quizá, para nosotros, la ocasión de concienciar nuestra pobreza esencial

Un hombre se toma todo esto en serio precisamente en la medida en la que es discípulo de Jesús y quiere amar a su prójimo como a sí mismo porque Jesús se lo pide y porque él cree que Él es el camino, el camino de su vida. Como consecuencia, no se contenta con vivir este amor de una forma esporádica y superficial, desde el exterior, sino que se da cuenta de que esto que se le propone le coge por entero. En la medida en que el hombre va encontrando a muchos seres a los que no puede amar, se le hace evidente la extrema contradicción existente entre lo que desea ser y lo que realmente es. Esta contradicción es de la misma dimensión que la fe que puede tener en la palabra de Jesús. En la medida en que esta fe es más grande, tanto más percibe la importancia de la contradicción y, en la medida en la que la percibe mejor, tanto más aparece su propia pobreza. De esta forma, el prójimo es la mejor ocasión para nosotros —mucho más que otras cosas— de concienciar nuestra pobreza esencial. Esta pobreza, cuando se descubre, es el camino que nos permite llegar a ser nosotros mismos, es decir, llegar a alcanzar el ser sin por ello perder la pobreza, sin perder la noción de nuestro no-ser. Esto es una gracia: el prójimo nos permite alcanzar nuestro ser porque nos hace descubrir nuestro no-ser, y así es, para nosotros, el canal de la gracia. ¿Soy lo bastante claro?

Así, el que no puede dar directamente amando verdaderamente puede, sin embargo, dar con eficacia sin amar pero

entonces esto sucede de una manera totalmente distinta de la que él directa y explícitamente hubiera podido querer y realizar. La profundidad y la autenticidad de su humildad reemplazan la plenitud del amor imposible. Sin embargo, esta humildad no le puede venir de su propia industria, como una virtud cualquiera. Sólo se le da, a este creyente, en el encuentro concreto con el otro, con ese hombre al que no puede amar verdaderamente pero que, no obstante, es lo bastante real a sus ojos como para ser ocasión de descubrir su impotencia de estructura, descubrimiento sin cesar evanescente pues la simple vida humana no puede soportar esta visión establemente.

¿Lo veis? La realidad del otro y la impotencia para amarlo como debe ser amado son de la misma medida que la fe del hombre; por eso, para que el otro sea suficientemente real a los ojos del hombre, es necesario que la fe de este sea grande. Cuanto más creyente es un hombre, tanto más toma la llamada de Jesús en serio y en profundidad, tanto más descubre la desproporción entre dicha llamada y sus posibilidades, y, en consecuencia, tanto más honda y verdadera se hace su humildad, que es una humildad de hecho y no es sólo una humildad de actos, como podría ser la virtud que tratamos de alcanzar mediante una técnica y unas reglas. Esta humildad de hecho es la vía por la que el hombre llega a recibir de Dios este ser que él descubre no tener cuando entra en contacto concreto con la existencia.

En esta comunión entre dos, en absoluto creada por pensamientos, sentimientos o actitudes preconcebidas o falsas, el primero que cambia es quien da de forma visible y exterior. Pero porque éste se transforma así, el otro, al recibir, también cambia interiormente. La conversión del primero precede a la del segundo, pero es el segundo el que es la ocasión propiamente indispensable. Interacción singular de dos seres, de los que el primero, para poder dar, tiene que haber recibido pri-

mero, y de los que el segundo, para poder recibir, tiene que haber dado antes, a su vez, al primero. Misteriosa transmutación del esfuerzo y de la impotencia del creyente, en una eficacia espiritual que lo alcanza a él y también a todos aquellos a los que él llega.

Estoy íntimamente convencido de que este análisis que hago del amor al prójimo se da en todas las bienaventuranzas, y particularmente en la de la justicia. Esta interacción extraordinaria se da en todas partes, interacción que hace que uno, al descubrir que no es, sea. La bienaventuranza se realiza en la medida en la que se percibe que no se realiza. Es algo extremadamente complejo que ya no tiene nada que ver con la concepción de Loisy sobre las bienaventuranzas, ni con la de Teilhard, ni tampoco, evidentemente, con todas las concepciones que ven en las bienaventuranzas unos consejos suplementarios que permiten recibir un suplemento de gracias. Esto que digo va mucho más lejos, y tiene un gran interés porque encuentra la raíz misma de las bienaventuranzas en la estructura misma del ser humano. El ser humano está hecho de tal forma que las bienaventuranzas son el camino escondido por el que él puede encontrarse. Estoy casi convencido de que esta es una vía muy importante para descubrir en el ser humano lo que hasta el presente se ha querido descubrir en la revelación, en una revelación que viene, por así decir, del exterior. Una revelación no es verdadera revelación si no encuentra un eco extremadamente profundo en el interior del hombre. Y si se pueden sacar a la luz las razones por las que este eco existe, se da como una verificación humana a la revelación de Dios. Yo creo, además, que así se da la fuente escondida, el medio escondido por el que la revelación se da.

PREGUNTAS

1) *¿Tú dirías algo que alguien dijo este invierno y que me impresionó mucho: «cuando se tiene fe, en el fondo, es cuando se está menos seguro de tenerla»?*

Marcel Légaut: Incontestablemente, la fe no se posee, es una fuente de búsqueda.

2) *¿Cuándo uno está seguro de que tiene fe, es seguro que no la tiene?*

M. L.: Creo que es así exactamente a condición de comprenderlo bien. Es lo mismo con Dios: quien cree poseerlo, lo ha perdido. Esto tiene que ver con lo que decíamos porque, cuando se hace de la búsqueda de la fe una búsqueda capital, ya se tiene la fe de alguna manera. Si se da un valor capital a afirmaciones como “hay que amar al prójimo”, es porque se tiene fe. Por consiguiente, la fe está en primer lugar mientras que, en lo que tú acabas de decir, la fe es a la vez primera y segunda, está en el origen y en el final, de forma que hay una complejidad añadida. Todos los valores cristianos son valores límite. Es una manera de expresar la contradicción que hay y que sólo se puede resolver por esta vía.

3) *¿Cuál es el lazo que une esta actitud fundamental con la acción humana?*

M. L.: No hay acción verdaderamente humana sin esta actitud. Hay muchas acciones del hombre que no son humanas en el plano que os he indicado. Así por ejemplo, servir al prójimo, enseñar, dar trabajo, dar pan... Todos los servicios materiales e intelectuales que se pueden ofrecer a un adulto son servicios que pueden denominarse acciones humanas. Pero el significado del adjetivo “humano” en la expresión “actividad humana” no es del todo igual al que yo le doy. Por

ejemplo, se puede recibir una enseñanza de un profesor y esta enseñanza será humana en cierto modo, pero no tendrá la humanidad de la que yo hablo aquí porque esta enseñanza será, a pesar de todo, algo externo. La única enseñanza “humana” — la cual, por lo demás, deja de ser entonces una “enseñanza” — es el “testimonio”. En el testimonio hay un don del que da al que recibe. En él, el que da sigue siendo el que más recibe. Sigue siendo un intercambio pero el que da recibe más que el que recibe. En este orden del testimonio volvemos a encontrar exactamente el mismo fenómeno de intervención, de comunicación y de multiplicación descrito en la historia del Samaritano y del prójimo.

Por ejemplo, damos pan a alguien que tiene hambre. Es una acción humana en el plano real pero, para que esta acción sea verdaderamente humanizante para el otro (y no deshumanizante), hay que darlo con amor. Si no, el pan alimenta el cuerpo pero envenena el alma. A veces es necesario dar pan incluso sin amor. Sólo que la acción humana que corresponde a dar pan sin amor no tiene la tonicidad de la acción en la que hay amor y por eso contiene, en cierta manera, un veneno infinitesimal. Si por alguna razón nos viéramos reducidos a dar pan sin amor cada día al mismo individuo, este pan envenenaría su existencia poco a poco. Es el drama de la humanidad. Hay muchos pueblos subalimentados, pero no se hará con ellos una obra propiamente humana si nuestra acción se limita a darles alimentos. Así se les puede habituar a ser alimentados pero no a ser hombres. ¿Comprendéis lo que quiero decir? Esta es la carencia humana esencial de una visión del mundo socialista, en la que el amor se sustituye, en la práctica, por la burocracia. Una burocracia sólo técnica, incluso excelente y perfecta, junto a los enormes servicios que puede prestar y que la caridad individual no podría prestar, poco a poco, sin embargo, envenenaría justo en la medida en que no interviniera en ella el amor. Sólo tenéis que ver que lo que se recibe, si no hay amor, enseguida se convierte en algo

que se debe. Se desemboca así en una forma deshumanizada justo de aquello que se buscaba a través de dar lo que se necesita; se buscaba algo que estaba más allá y que no se sabía nombrar: la estima personal, el interés individual, el hecho de no ser un mero número, que cada uno sea un caso particular... Es importante insistir en este don, el único que permite dar respetando verdaderamente la dignidad humana y así ser uno mismo, de entrada, el prójimo de todo hombre adulto al que uno encuentra. Este don comunicado inconscientemente atestigua una realidad distinta. Pero para existir, este tipo de don también exige la fe por parte del que debe recibirlo.

Sólo la fe en Jesús nutre la atención apasionada, necesaria para que estas llamadas se escuchen y se comprendan de acuerdo con su dimensión. Sólo la fe permite semejante encuentro que, de otro modo, sólo sería una aproximación física, insignificante en comparación con lo que debería ser para ser eficaz humanamente. El don, fruto del encuentro de la fe y de lo real, grande y profundo como ellos, es una gracia. ¿Cómo, si no es siendo una gracia, podría el hombre acceder a esta potente lucidez que lo conduce, sin desfallecer, hasta la visión extrema de sus límites últimos y de estructura?

¿Lo veis? Estamos lejos de la falta moral. Si estuviésemos cerca de algo sería, más bien, de lo que se suele llamar el “pecado original” en el sentido de ser éste de estructura. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Cómo podría el hombre recibir, si no, esta revelación como un consuelo dulce y maternal? Ninguna enseñanza, ninguna búsqueda introspectiva o abstracta, ninguna ascesis ni ninguna formación virtuosa sabrían conducir al hombre verdaderamente hasta ahí. Tales procedimientos sólo pueden deformar esta humildad radical. Dicho de otra manera: la humildad de la que hablamos no es una virtud. Debe formar parte del ser hasta el punto de ser el test de que el ser es. Cuando uno afirma de fe no ser, es. Se trata de una humildad que va mucho más allá

de lo que se desea ser, de lo que se desea sentir, de lo que se dice. Es muy otra que la humildad virtuosa que dice y cree que uno no es y así, en el fondo, cree ser. Es una humildad de esencia, esencial.

La no observancia de la ley engendra en el hombre un primer conocimiento de sí: su impotencia práctica para querer y obrar. Pero, ¿qué es esto al lado del descubrimiento de la impotencia de estructura, revelada con ocasión de las llamadas evangélicas, llamadas que son, además, imperativas so pena de infidelidad y de desintegración de la fe? Esto último está un poco en la línea de lo que dice san Pablo en sus cartas. Pablo insiste: hago el mal que no quisiera hacer y no hago el bien que quisiera hacer. En un plano psicológico insiste en esta especie de ruptura en el origen que es el “pecado original”. Sin embargo, cuando dice que la ley es la fuente del pecado, todavía está en el plano de la infracción, de la acción. Sólo alcanza el ser por el hecho de ser impotente para obrar. Pero, en nuestro caso, hablamos de una impotencia que, a mi modo de ver, va mucho más lejos. No es tanto una impotencia para actuar cuanto una impotencia para ser lo que uno es o lo que uno debería ser puesto que el amor va mucho más allá del actuar. Si el amor coincidiese con el obrar, los dos planos coincidirían. La impotencia para amar va mucho más allá de la impotencia para obrar, de manera que, aun siendo realidades paralelas, podríamos decir que, así como la ley engendra el pecado según Pablo, las bienaventuranzas engendran nuestra toma de conciencia de nuestro no-ser. Precisamente así es como las bienaventuranzas nos engendran al ser.

Esta lucidez es una gracia única para el hombre pues engendra en él una humildad que no es sólo virtud “prefabricada” por así decir, y que le permite una irradiación que es de otro orden de lo que él por sí mismo podría desear o querer. No le resta al hombre nada de su impotencia estructural; es como si la debilidad del hombre, no negada ni soportada sino

reconocida y aceptada con ligereza, fuera necesaria para el despliegue aquí abajo de la fuerza de Dios. Esta lucidez sin fijación, toda penetrada de luz, da a la experiencia su plena utilidad y su absoluta originalidad, y al adulto, su lugar exacto en lo creado, su rol específico como mediador entre Dios y los hombres con los que se encuentra. Es la historia secreta del creyente y de su esfuerzo tenaz para alcanzar esta lucidez, para mantenerse en ella o al menos poder volver a ella sin cesar, fe y sentido de lo real, lucidez que los une confrontándose, humildad vivida en la ligereza de la paz, canal de toda gracia, puerta de la eternidad.